

**A LA MUERTE
DE TODOS LOS
LIBROS
SAGRADOS**

RAÚL
SANZ
GARCÍA

A LA
MUERTE
DE
TODOS
LOS
LIBROS
SAGRADOS

A LA MUERTE DE TODOS LOS LIBROS SAGRADOS

Raúl Sanz García

Σi

Editorial Inexistente

Reservados todos los derechos.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización escrita del titular de los derechos, salvo en los supuestos permitidos por la ley.

© Raúl Sanz García
Madrid (España), 2026
raul@raulsanz.es
<https://raulsanz.es>

Editorial Inexistente, 2026
<https://inexistente.es>

Depósito legal: M-20306-2026
ISBN: 978-84-09-90279-8

Poema extraordinario

Todo poema inicial debe ser extraordinario
para epatar a las eminencias
que forman los jurados
de los concursos literarios.

¿Para qué si no escribimos
poemas, cuentos o ensayos?
¿Para conectar con el cosmos?
¿Para expresarnos?
¡Venga ya!

Para presentarnos a concursos
y si es posible ganar cuatro perras.
Concursos de pueblo o de ministerio,
de editorial comprometida con el arte,
concursos vecinales o callejeros.

Para que nos inviten a un aperitivo
en el centro sociocultural.

Para que el dinero público y privado
circule por cada regato.

Para tener entretenidos a los feligreses
del templo de la cultura.

Para que nos adulen y nos hagamos los modestos.
¿Para que nos lean?

Ya nos autocomplacemos sin más ayuda
que nuestra propia mano.

Que nos lean si quieren,
si es que el azar fija una mirada

en una de los millones de estrellas
nunca vistas.

Y si nos leen, ¿qué leerán?,
¿qué recordarán de los versos
que no están en las enciclopedias?
Mejor olvidar y que nada más engorde
los mamotretos cansinos de la historia.

Nada más triste que un Quijote cuerdo
obligado a un mundo en el que sabe
que no está su fantasía,
caído en la estupidez del caballero andante
para no ser ni siquiera andante,
héroe demediado e imposible
entre funcionarios y campesinos,
atleta silencioso de piernas cortas
ahogado en la verborrea ensordecedora
del despiojamiento colectivo.

La voz de las bestias

¿Por qué estamos tirando de este peso?
Nuestras pezuñas se hunden en la tierra,
arden nuestros músculos y cada metro
es el calvario de un cristo encadenado
y sin embargo tiramos, tiramos, tiramos.

¿Qué es esta descarga imprevista
que nos estalla en mitad de los huesos?
Nos lacera la piel, nos mortifica,
nos hunde el rostro contra el camino
y sin embargo seguimos, seguimos, seguimos.

¿Qué es este velo áspero que nos ciega
y nos muestra como el único sendero
nuestra sombra espantada entre las piedras?
La vemos temblar de frío y pánico,
y sin embargo miramos, miramos, miramos.

Has de escribir para la masturbación,
para el órgano catalizador de la cultura,
para la alegría o la tristeza,
para el amor o la guerra,
placer inmediato y preciso
que no ha de ser entrenado
y a todos alimenta.

El idealismo de pensar
que uno hace el mundo
es el grado sumo
de la estupidez.
El infinito nos traba
en todas direcciones,
hacia adentro
y hacia afuera,
en el caminar
y en el abismarse.
¿Qué otra cosa es la mística
sino verse ante ese infinito
y rendirse?

Serás un nombre en una base de datos
ceros y unos ardiendo
en un servidor bajo tierra
donde nadie tiene su patria
donde nadie respira.
Serás un nombre atrapado
entre dos fechas
sin cuerpo
sin sustancia
sin pasado.
Y si te revuelves para escapar,
chocarás contra el cristal
porque tú estás dentro
y ya no existe el afuera
ni el mar.

Cuando desvestes a todos los santos,
ves su desnudez ramplona.

*Se trata de vender algo,
amigo, quédate tranquilo.*

Es solo eso: vender. Cualquier cosa
a cambio de dinero

para comprar criados
y una finca inaccesible.

Despreocúpate de los océanos
y las estrellas, de los susurros
afilados que penetran en la carne.

Eso a nadie le interesa.

Nadie compra
nadie vende
lo inefable.

No queremos dominar el mundo,
el mundo nos da igual,
queremos vender para ensancharnos,
nada más.

Danos un trozo de madera muerta
que podamos barnizar
y lo arrojaremos a las fauces
del gran público.

Si nada tienes, despreocúpate,
escribe tranquilo
pues todo se ha de perder
en el olvido.

Muchos que viven con una herida en el pecho
creen al final que esta es la causa de su desgracia.
Solo cuando la ven cerrarse
saben que era más bien
lo que los mantenía vivos.

Qué hacer
cuando los libros se amontonan
a millares y envejecen
antes de que nadie los toque.
Si pudiese olvidar
que quieren decirme algo,
podría simplemente mirarlos
como si fuesen las ramas y las hojas
de un árbol cualquiera.
Mas para eso, ya hay parques
y bosques que obligan
a un sano paseo
y sus árboles están vivos
y hablan de verdad
con la voz del viento.

Ningún sabio verdadero se ha encontrado nunca
con un semejante. Se buscan con cierta vergüenza
por aceras equivocadas, y aunque se crucen,
un desfase dimensional provoca que se traspasen.
Aturdidos y cansados, conversan con iniciados
sin talento sobre los temas profundos
que solo ellos dominan. Sobre la vida, en definitiva,
que no saben vivir pero conocen más allá
de la teoría, gnósticos realizados que esperan
que se abran de noche las autopistas del cielo.
Las recorrerán en solitario porque nadie
puede acompañarlos salvo otro conocedor
de saberes arcanos, otro visionario hacia dentro
capaz de ver en el interlineado lo que ni siquiera
dicen las metáforas más equívocas.
Triste vida de ese sabio que va a comprar el pan,
saluda a su vecino y cruza sin mirar
una calle desierta.

Quien más, quien menos
ha escrito un libro de poemas
o lo tiene en proyecto
latente en la mollera,
rezumando de los pliegues
de su frente y de las ingles.
Cuando uno es muy sensible
—¿y quién no lo es?—
inevitablemente transita
en algún momento por el asfalto
del lirismo
—¿captáis la metáfora,
antropoides sublimados?—.
Y si no lo escribe,
lo expresa conmovido
por un atardecer inesperado
para que le oigan las gaviotas
y los jubilados.
Ante tal torrente ilegible
siento vergüenza
por seguir con esta mierda.
Pero sigo.

Ser un don nadie es el mayor don.
Pasar sin llamar la atención
por el centro de lo existente
como si fuese una vereda solitaria
que refulge tras una tormenta.
Así ha venido a bendecirme
el fracaso constante.
Y más allá, labrada insignificancia
del que no tiene historia ni nombre
tan solo unos datos formularios
y una sombra.
¿Qué tal está usted?
Bien, bien.
Hasta luego.
Y el olvido.
Así todos los días.
Libre, libre, libre
de las constantes miradas
que hablan a las espaldas.
Libre de la obligación
de declarar mi excelencia
consumada en los sentimientos
que me ha de provocar cada cosa.
¡Todo me da igual!
Grito con mi alma plana e inexistente.
Soy un Buda de pacotilla,
un imbécil quizás,

pero libre aun sabiendo
que no es posible la libertad
ni su contrario.

Al hombre que camina solitario
hay que suponerle motivaciones oscuras,
indecencias del acto
que se desgarran en la impotencia.
Ese que mira el atardecer no lo mira,
sino que espera
sucias compañías.
Da igual que no sea distinto
de cualquier otro,
da igual que tenga documentos
que acrediten su vacuidad.
Es la soledad,
la soledad insondable,
la que lo convierte en monstruo.

Miradlo, incómodo se gira,
sabe que lo vigilan,
que tras las ventanas acechan
los patriarcas hembras
y que no tiene lugar adonde ir,
que no hay trigo virgen
ni limpio
ni puentes que salven
sus abismos.

La basura está dispersa
a la vera del camino.

Vamos arrastrando las cadenas,
pero ¿qué es lo que atan?,
¿qué es lo que impiden?
Las sentimos tan prietas que aprendemos
a acomodarlas como un miembro del cuerpo,
acaso porque son del cuerpo.
Atan el vacío,
y si nos liberásemos,
nada quedaría.

Nunca he creído en nada.
Ni en dioses ni en utopías
ni en el más allá
ni en el menos
ni en principios cósmicos
o sentimientos universales.
En nada.
No es indolencia
y ahora sé que es curiosidad,
temeridad y coraje.
Quien cree es como el caminante
que marcha por una pradera sin surcos
y en cuanto ve un claro entre la hierba
con una piedra en un borde,
se sienta y dice:
«Hasta aquí he llegado, este es el paisaje».
Pero no, amigo, ese no es el paisaje,
no hay ningún paisaje,
todo es el paisaje.
Si contemplas sin detenerte,
creer es absurdo.
Hay un árbol en el horizonte,
cuando llego a su lado me saluda
y me cuenta que más allá,
al otro lado de la colina,
hay un río y en su ribera
crecen los fresnos.
No promete nada y cumple siempre
su palabra.

Torpe metáfora la del navegante
que no puede naufragar
salvo el ostracismo voluntario de la res
que aun teniendo la puerta abierta
se queda dentro masticando
el pienso que cae por un canal.

Hoy más que nunca
Buda es actualidad
porque él renunció siendo príncipe
teniéndolo todo
príncipe como cualquiera
que hoy camina por la acera
a quien le esconden la muerte
o se la muestran en un teatro
para quien las pestes son resfriados
y las guerras explosiones
en otros planetas.
Príncipes, emperadores
que todo lo poseen
latifundios imaginarios
repletos
de su hambre.
¿Y cómo renunciar
a estar hambriento?

Cuántas veces te has dicho: resiste
la holgura de los palacios, jardines
que parten el pecho, se posan
los pájaros humeantes, el lecho
abismo de los ropajes, las nubes
de hierro fundido. Cuántas veces
un rastro de células muertas
ha servido a los lobos
para alcanzarte.

Todos soportan la parafernalia de los rituales,
la misa de los curas o los académicos,
como quien camina en mitad de una lluvia
de ranas que ascienden.
Porque van a lo que van,
como los onanistas que pasan por alto
el argumento absurdo de una película porno
hasta que finalmente ya no hay argumento.
La verdad se oculta en el lugar más recóndito,
tras los párpados del muerto en los funerales,
tras el llanto del niño que es bautizado,
escondida en la palma de la mano del
 prestidigitador
que jura o promete un cargo sobre la Biblia
o cualquier otro libro sagrado.

El día que se despertó mi kundalini

La serpiente se abrió paso por mis entrañas
como el espectro de una lombriz de mil pedazos.
Horadó mis sesos y me dejó sin habla
en mitad de una entrevista de trabajo.
Miré hacia arriba y aquella mujer cariñosa
de recursos humanos comprendió
que a mí me pasaba algo raro.
Salí transido entre los fulgores
de las furgonetas y los semáforos,
levité por el páramo industrial
como un panda en un paraíso de bambúes.
Levanté un puente sobre un cauce sin agua
y me dejé llevar por la corriente.
Amanecí empapado y anhelante
hasta que comprendí que mi hambre
era señal de estar vacío.
Desde entonces la busco en los matorrales
como un loco que recoge basura
y aún no ha encontrado un pedazo de nada
que valga la pena.

La utilidad de los poemas es que los escolares
hagan análisis sintácticos con ellos.

Porque no es lo mismo descubrir
el complemento directo en una frase vulgar
que en el verso de un poeta laureado.

Proporcionan además innumerables ejemplos
de figuras retóricas que es necesario conocer:
quiasmos, sinécdoques, metonimias, oxímoros,
anáforas, sinestesias, calambures, etc.,
que así podrán usar en su vida los alumnos
mientras resuelven logaritmos y derivadas
a la sombra de un alcornoque.

Te voy a dar placer, amigo
siéntate tranquilo
y disfruta.

Todo está en tu mente
y eres basura.

No te voy a engañar
diciéndote lo contrario,
que te ames a ti mismo,
toda esa mierda...

Mira tu alma:
un céfiro de carne anhelante
que nace y muere sumisa,
que traza en el arcoíris
falanges, cuernos y ortigas.

¿Quieres poesía?

Servicialmente te ofrezco
toneladas de lirismo.

Mira este alimento
que se vende por millares,
circula como una tenia
por todos los intestinos,
surcos ínfimos, petroglifos
arcanos de nuestro destino,
la caza, el fruto salvaje,
el hambre de nuestros hijos.

Cuando un libro es igual a otro libro
un rostro, igual a otro rostro
una calle, igual a otra calle
un prado, igual a otro prado
una nube, igual a otra nube
una playa, igual a otra playa
un chiste, igual a otro chiste
un verso, igual a otro verso...
¿Qué nos queda que no sea libro
ni rostro, calle, prado, nube,
playa, chiste, verso...?
¿Qué nos queda?
Pararnos en mitad de un aquí
y no hacer nada,
tan solo respirar
y sentir
que hubo un libro, un rostro,
calle, prado, nube,
playa, chiste, verso...

Aún tiene que suceder algo
y en la espera todo se disipa,
en la mirada pensamos en la muerte,
en el tránsito escribimos poemas,
y nada sucede.

Ninguna tierra has pisado
distinta a la que el sol gobierna,
pero algo ha de suceder
sin la esperanza de otra estrella.
En el tiempo cabe toda existencia.

Si el camino hacia el cielo
fuese una senda de espinas y horrores,
¿quién querría detenerse?
No, es un camino de placeres y tentaciones,
¿quién no desea quedarse varado
en esta nada mientras se agota
su tiempo hacia lo incierto?

Vivo escondido como un topo
en un hoyo bajo un montón de tierra
donde cocino manjares que comparto
con las lombrices ciegas.
A menudo pasa por encima un caminante,
huele mis aromas y exclama:
«¡Mmm, qué delicias ocultan estas colinas!»,
y sigue su camino, sin pararse a probar,
sin ni siquiera
llamar a mi puerta.

Un asceta está posado en mitad de la rotonda,
se yergue en loto y contempla mansamente
el mandala que gira.
Respira los humos tóxicos,
pero no se envenena
porque está iluminado
como una bombilla eterna.
Y vive de la nada
muere de la nada,
camina descalzo sin dolor
porque levita sobre las espinas,
sobre el vidrio roto de los borrachos
y las risas que los jubilados
no le lanzan a la cara,
sino por la noche
cuando están cenando
a la luz del telediario.

Sé consciente de tu barriga,
rínделе culto como a un ídolo caído,
acaríciala con la mano muerta,
escribe en su piel versos de guerra,
mira en el espejo su perfil
y riega con tu orina el jardín
de las Hespérides.

La poesía ha muerto.
Somos por tanto necrófilos
o almas en pena
que se aparecen ridículamente
por pasillos abandonados.

Si no tienes patria,
¿qué puedes pretender?
Si no tienes patria,
la que sea,
nada es posible
salvo el espejo frío y duro
que eres tan solo tú
y nada más.

Levantó los ojos de la pantalla,
los sacó del plástico
y vio que al otro lado
la luz se derramaba
en sentido contrario
y era alimento.
Había tierra, solo tierra,
y un viento que elevaba
lo más liviano.

Alguien que bastase sería una fortuna,
pero el mercader está ausente,
lo ha robado todo, incluso a sí mismo,
y ha dejado un otoño eterno
de hojas pudriéndose.
Pagadme con *esto*, dijo.

Las campanas tocan a muerto.
El campesino se quita la boina
y se santigua en silencio.
En silencio, ¿me oís?
Se descubre y se santigua
por respeto a un muerto
cuyo nombre desconoce.
Lleva los sentidos abiertos
mientras suda en el campo,
oye a lo lejos el humo negro
del metal funesto
y se santigua, así que,
seguid su ejemplo.
Sí, ya sé que vosotros
no creéis en nada ni le rezáis
a ningún cabestro, pero ¿a quién le importa eso?
¿A quién le importan vuestros delirios
de ciudadanos libres, críticos y enhiestos?
Si uno oye a muerto, se descubre
y se santigua.
¡Se santigua, me oís, se santigua!
¡Dejad vuestra cháchara cósmica
que solo conoce el balbuceo ante los muertos!
Garrulos disfrazados de James Bond
Mataharis de corral
esclavos que celebran
bodas republicanas
vestidos de celofán

como si fueran millonarios
o princesas de Disneyland.
Dejaos de tatuajes fosforescentes
y de vuelos baratos, de series policiacas
y de vacaciones en Vietnam.
Sois todos campesinos
y le debéis a Dios vuestra existencia.
A Dios, exista o no, os guste o no,
a ese personaje de la metafísica aristotélica
que protagoniza todos los cuentos.
Simplemente santiguaos
como corresponde a vuestra naturaleza
vulgar y aldeana.

Cuando leas que
no hay ningún poema como mirar las estrellas
¿serás capaz de levantar los ojos
y mirarlas de verdad, quitar de en medio el papel
y dejar de proclamar lo que dictan las letras?
¿Crees en lo que crees que crees
o eres otro más, uno cualquiera,
incluso para ti mismo?
Nadie que haya mirado las estrellas
ha vuelto aquí para contarlo.

Entre la imposibilidad de decir
y callar
ha corrido el canto
saltando con su mano extendida
sobre las rocas y bajo ellas,
horadándolas
y regando los yermos
más allá de lo visible,
cicatriz de exuberancia
que corta el páramo reseco.
Cae, y el verano
asolador cuarteo el barro.
El océano se lo ha tragado
todo.

Don Quijote salió al mundo
porque había mundo
aunque lo viese trastocado.
Él al menos salió, no como vosotros,
los cuerdos que lo miráis
desde la cumbre de los sueños.
El hidalgo no soñaba,
sus molinos eran gigantes
y sus gigantes molinos
y su lanza era capaz
de tumbarlos a todos.
Que solo los locos se atrevan
a poner un pie en el afuera
en la tierra dura que existe
más allá de las cercas.

Debes tener miedo.
Y si cierras nuestra ventana
y abres los ojos
te perseguiremos,
nos agarraremos a tu sombra
y haremos de ella la costra
de un leproso.
Todo hasta que regreses,
hasta que olvides el barro
y las zarzas y abras de nuevo
la ventana que da a la pared
de las ciénagas del Leteo.

Si las musas quieren
que yo sea un macho centáurico
violador de vaginas voladoras,
sea.

No estoy donde ellas piensan
ni yo mismo me encuentro,
pero que sea lo que ellas quieran.
Mi figura paseante asumirá
todos los roles que le impongan.
Será el macho, será el obrero,
el funcionario y el crédulo,
el consumidor, el ciudadano,
el demócrata, el contribuyente,
cualquier cosa, pastor de cabras
en mitad del cemento,
soldado sin regimiento,
culpable de todas las culpas,
mártir de todos los males,
un tipo cualquiera
que se pierde calle abajo
sin dejar huella.

Al final, elegir
nadie elige nada, o muy poca cosa.
¿Identidad?, ¿qué es eso?
Una sombra de los ojos
que nos miran, giramos en derredor
para encontrarla y está siempre
a nuestra espalda.
Paseo con una desgana no elegida,
como tampoco mi desencanto
hacia ese carro de piedras
ni el alimento que me despierta
y me echa a volar.
No, nadie elige nada.
¿Qué vas a elegir?
¿Estudiar derecho o medicina
o meterte a cocinero
y fugarte al poco tiempo
con la cubertería de plata?
No, la plata te eligió a ti,
así como las leyes o los enfermos.

Un hombre camina con un cardo
clavado en el pecho, lo sujeta
y oculta de sí mismo
al oferente y al dios mudo,
busca un templo en el páramo
lejos de los cimientos firmes
y encuentra el don de una autopista,
los caracoles cruzan la tormenta
y él mira sus pasos para no matarlos.

Para saltar hacia las estrellas
no hace falta salir de casa,
basta con apagarlo todo
y mirar a oscuras y en silencio
la intensidad del cuerpo.

Entonces saltar
ausente de itinerarios
ignorante de las guerras
con que espantan
los telediarios.

Y si tienes un pensamiento,
será una mota ridícula
antes de lo inmenso,
dirá:

«Qué pequeño era el cubo en el que vivía,
las voces rebotaban en sus paredes de plástico
como el eco apagado de los muertos».

¿Qué quiere usted?
¡¿Cómo?!
¡Hable más alto!
¿Ideas, texturas, pegamento?
¿De qué narices está hablando?
Ah, ya sé, quiere que le fabriquemos
un panfleto
de esos que vendemos
en las farmacias, en las carnicerías,
en los herbolarios...
¡Pues primero la foto!
¡Venga usted con una estampa
sonriente y filtrada y hablamos!
Y con ella un currículum
existencial, breve y popular,
superficialmente hondo
para epatar al consumidor.
Y luego, exhíbese,
muestre el cuerpo, el desayuno,
un traje de baño...
Tráiganos un saco de garbanzos
de esos que crecen
en los campos celestes
y entonces, hablamos.
Si nos gusta su pijama,
le haremos a usted un retrato
del ano
y lo publicaremos.

El fin de la historia
todos los ceporros del mundo
grabando porno casero
cuerpos que se rebozan
meditadores y ascetas
empotradores y atletas
espíritus eyaculando
nirvanas prefabricados
servidos a domicilio
por la madre naturaleza.
La belleza es la lejanía
del orgasmo.

Y todo esto,
¿para qué sirve?
La luna en el cielo
a su medida las olas
batiendo los cuerpos
las zarzas ardiendo
la araña que teje
del cielo al infierno
con hilo infinito.
¿Para qué todo esfuerzo?
¿Qué placer colma
de santos atletas?
Quizás nada cese
la pregunta rota
disuelta en el aire
condensa el silencio
tronando
que riega los campos.

«El poeta dice»

Comienzan así los comentarios de texto
de los escolares, de los académicos, de los legos.

Da igual lo que diga el poeta,
cualquier cosa o silencio
o esquivas indicaciones a un absoluto
intuido en los nidos del cielo.

El poeta es un río que se embalsa
y acaba corriendo sin parásitos
por tuberías urbanas.

Esta agua es la que nos sacia,
agua escolar que dice leyendas
consensuadas por la industria
que embotella nuestro capricho.

La soberbia del sabio
la soberbia del lego
la soberbia del amo
la soberbia del siervo
la soberbia del maestro
la soberbia del alumno
la soberbia del padre
la soberbia del hijo
la soberbia del macho
la soberbia de la hembra
la soberbia del nativo
la soberbia del extraño
¿Quién es capaz de la humildad
de no ser sabio ni lego
amo ni siervo
maestro ni alumno
padre ni hijo
macho ni hembra
nativo ni extraño?
¿Quién es capaz de mirar
el paso de los astros
sin la necesidad de proclamar
su grandeza?

Los escritores de palacio
no escriben libros,
simplemente los firman.
Carecen de soledades
salvo cuando se exhiben.
Bajo su nombre cuelgan
caravanas de esclavos
a los que el látigo
de un ingeniero
ha puesto en camino.
Un vaquero les marca
con hierro candente
el calibre de su ano.
Sobre sus cabezas pende
un gran letrero que dice:
«Se vende».

Todo se va a perder
como estos versos,
tal es su aroma
que esparcen al viento.
Yo los escribo y los leo
sobre un mantra desierto.
Otros con su silencio
los verán apagarse
como la casa familiar
antes del derrumbe.
La flor es bella
porque se marchita.

Diez mil libros de poesía al año,
la mayoría estúpidos, aburridos,
pedantes y malolientes,
la mayoría prescindibles,
banales, innecesarios...

Esa masa es la bomba atómica
que ha reventado a la poesía.

Una detonación interna,
un cáncer explosivo
de células enloquecidas
que no aceptan su mediocridad
y desean la trascendencia
del escritor maldito.

El rebaño de las almas singulares
que se apilan edulcoradas
bajo las lámparas pomposas
de las instituciones culturales.

Mirad aquí a la poesía:
el cadáver de una oveja
a la vera de un camino de tierra
en el verano seco de Castilla.
Ante ella, silencio y taparse la boca,
huir, buscar una sombra y un río
que suba hasta las montañas
y caiga por las cavernas.

Tienes que enseñar el culo
para tener éxito,
no hay más secreto.
Aprovecha su esfinge
gloria de impostados
hasta las zonas oscuras
que los depravados lamen
y los inquisidores arrojan
al fondo del océano.
Culos hay en todas las cosas,
en los rostros, las palabras,
el alimento y los cantos.
Enseñad vuestro culo y seréis
triunfantes espantajos
que atraviesan el universo
y orbitan el gigantesco ano
que todo lo absorbe
hasta que todo no sea más
que un culo portentoso
digno del más perfecto influencer,
Dios omnipotente y creador de nada.

En bandejas de plata se ofrecen
las joyas más hermosas
veneno fastuoso que no intoxica
destroza los dientes
se disuelve en los intestinos
y los convierte en caverna poblada
de criaturas abisales.
El alimento engarza los collares
que lucen las damas proletarias
allí se pudre mientras lo miramos
aturdidos por el hambre de la carne
que lo rodea.

Si sabes que nadie te va a leer,
¿por qué preocuparte por nada?
Deja manar las palabras y siéntete sublime.
Escribe un poema de mierda,
largo como un intestino delgado,
y narra en él tus ritos de paso,
experiencias que crees profundas
aunque las expreses humildemente
con un lenguaje de barrio,
farandulero y ridículamente hermético.
Cuando acabes tu obra, preséntala a un concurso
y espera los dones de los sabios de oriente
que pesan los corazones en balanzas de plástico.
¿Por qué no iban a darte el acceso
a las puertas del cielo, a ti, poeta,
que eres capaz de rimar atonalmente
el olor del pelo de un perro
con las noches estrelladas de una verbena?
Ese es tu destino, poeta, ese y nada más.
Déjate de trascendencias y literaturas,
de teorías y de rupturas,
de culturas y electricidades.
Aspira, como mucho, a una subvención
del organismo de turno.
Aspira a un colectivo de gente ociosa
que se junta para promocionar

los pelos de su nariz y hacen páginas web
en las que cuelgan versos recitados
que carecen, inevitablemente,
del más mínimo
interés.

Para ti los despojos
el carro de ropa vieja
el pedazo de madera
la genética pobre
de una moribunda
la tristeza de la carne fría
el fin de fiesta.

Ser poeta no es posible hacia adentro
y hacia fuera es caer en el disfraz
de otro fantoche cualquiera.

Ser es solo a los ojos
de una muchedumbre,
un vacío interior en donde agarra
una mano con mil dedos.

No hay almas que dicten las sentencias,
las palabras con que me adorno
son como los rebuznos
o los sombreros.

La flor ha renunciado a casi todo,
al nombre, a los pasos,
a los triunfos, al destino,
a los libros que dicen sobre ella
y al silencio que la mira.
Se conforma con unos pocos días
de primavera
para ser de una vez
por todas.

Como buen poeta de retaguardia,
me toca cerrar la puerta al salir.
Antes gastaré mis días en solitario
por las estancias vacías, cuidando
de que nadie quede olvidado
por el progreso infinito.
Yo los llamo con mis ridículos versos
y espero a que el eco del silencio
vuelva a mí puro y cristalino.
Ya no hay nadie en esta sala,
me digo entonces.
Así pasearé de una a otra
hasta que el palacio de los sueños
no sea más que un hilo de humo
que se pierde en la noche.

Despedida

Los poemas de este libro
van a ser los últimos.
Lo que en adelante escriba
será como el humo tóxico
que se esfuma en hebras
informes tras el cohete
que se pierde en el espacio.
Allá van mis poemas
hacia lo más remoto,
hacia las soledades inmensas
que anhelaban.
Nadie allí los leerá
como nadie aquí los lee.
Los despido con la alegría
de saber que todo muere,
que todo se olvida
y que siempre se es otra cosa
de lo pensado,
un aliento de todo
lo demás.

Índice de poemas

Poema extraordinario.....	8
Nada más triste que un Quijote cuerdo.....	10
La voz de las bestias	11
Has de escribir para la masturbación.....	12
El idealismo de pensar.....	13
Serás un nombre en una base de datos	14
Cuando desvestes a todos los santos	15
Muchos que viven con una herida en el pecho.....	16
Qué hacer	17
Ningún sabio verdadero se ha encontrado nunca ...	18
Quien más, quien menos.....	19
Ser un don nadie es el mayor don.....	20
Al hombre que camina solitario	22
Vamos arrastrando las cadenas.....	23
Nunca he creído en nada	24
Torpe metáfora la del navegante.....	25
Hoy más que nunca	26
Cuántas veces te has dicho: resiste.....	27
Todos soportan la parafernalia de los rituales	28
El día que se despertó mi kundalini	29
La utilidad de los poemas es que los escolares.....	30
Te voy a dar placer, amigo.....	31
Cuando un libro es igual a otro libro.....	32
Aún tiene que suceder algo.....	33
Si el camino hacia el cielo.....	34
Vivo escondido como un topo	35
Un asceta está posado en mitad de la rotonda	36
Sé consciente de tu barriga.....	37

La poesía ha muerto.....	38
Si no tienes patria	39
Levantó los ojos de la pantalla	40
Alguien que bastase sería una fortuna.....	41
Las campanas tocan a muerto.....	42
Cuando leas que.....	44
Entre la imposibilidad de decir	45
Don Quijote salió al mundo.....	46
Debes tener miedo	47
Si las musas quieren	48
Al final, elegir	49
Un hombre camina con un cardo	50
Para saltar hacia las estrellas	51
¿Qué quiere usted?.....	52
El fin de la historia.....	53
Y todo esto	54
«El poeta dice»	55
La soberbia del sabio.....	56
Los escritores de palacio.....	57
Todo se va a perder.....	58
Diez mil libros de poesía al año	59
Tienes que enseñar el culo	60
En bandejas de plata se ofrecen.....	61
Si sabes que nadie te va a leer	62
Para ti los despojos	64
Ser poeta no es posible hacia adentro.....	65
La flor ha renunciado a casi todo	66
Como buen poeta de retaguardia.....	67
Despedida.....	68

Hay libros que se escriben para ser leídos de rodillas. Este no es uno de ellos.

A la muerte de todos los libros sagrados profana lo que el campo literario ha convertido en templo: el canon, los premios, los escritores de palacio, la identidad como mercancía exhibible. No es un libro contra la poesía. Es un libro contra sus sacerdotes y el mito que alimentan.

Y sin embargo, bajo la ironía, algo sostiene. El lirismo irrenunciable de la existencia, la imagen poética como forma de intuir lo inefable, las voces ahogadas y el heroísmo de lo mundano. No hay templo nuevo que sustituya al derribado. Solo queda el gesto de cuidar lo mínimo.



Editorial Inexistente

ISBN 978-84-09-90279-8



9 788409 902798